

Esplendoroso "Hit" Teatral

«LA MANDRAGORA» DE MAQUIAVELO POR TCM

(La Mandragola) 5 actos de Niccolo Machiavelli. Traducción y dirección: Antonio Larreta. Escenografía: Glauco Capozzoli. Vestuario: Domingo Cavallero. Canciones: Jorge Mara. Utería: Alicia Beherens. Intérpretes: Antonio Larreta, Martínez Mieres, Ademar Rubbo, Juan Carlos Carrasco, Toly Guitelman, Claudio Solari, Micha Ibarra y Carmen Avila. Estrenada por el TCM en el Odeón.

"La mandrágora" fue escrita allá por 1520. En su elaboración, Nicolás Maquiavelo (1469 - 1527) acudió a remotos temas de leyenda, para expresar en sus 5 actos, el desarrollo de la triquiñuela que el enamorado Callimaco (Martínez Mieres) juega a Nicia Calfucci (Juan Carlos Carrasco), casado con la bella, virtuosa y dócil Lucrezia (Carmen Avila).

Tras muchos años de matrimonio estéril, Nicia, vejete tan rico como tonto, desea a cualquier precio tener un hijo con Lucrezia.

Eso lo conseguirá Callimaco, fingiéndose médico y apoyado en una crapulosa intriga por el libertino Ligurio (Antonio Larreta), el cura Timoteo (Claudio Solari), la propia madre de Lucrezia (Toly Guitelman) y una poción de mandrágora, que tiene el poder de envenenar al primer hombre que se acerque a la mujer que la beba.

Este es el comienzo de una trama cómica que cristaliza en una singular cadena de episodios sangrientos, con los cuales Maquiavelo trata de fustigar la voluptuosa corrupción que caracterizó a determinado sector social y religioso de su tiempo.

Ha dicho Massimo Bontempelli: "La Mandrágora es una obra maestra; tal vez la comedia más importante de la historia literaria de Italia". Parece una exageración. Más adecuada es, sin duda, la observación de Rosso, que manifestó en forma acertada e intransferible: "La Mandrágora no nace por diversión de un desocupado, sino por la pasión del observador de la humana naturaleza y de la corrupción del mundo, que es como es, y que no logran cambiar nuestros sermones ni nuestros ruegos".

Míresele por donde se le mire, "La Mandrágora" es un relato particularmente libertino, que refleja sin sutilezas las costumbres, las ideas y las pasiones de la época en que su autor la escribió.

Es, ante todo, la obra corrosiva y vitriólica de un hombre que sorbió una a una las experiencias de la vida, que supo captar y fijar en el escenario la variedad de deseos que se agitan en lo hondo del corazón humano. ("El corazón es engañoso por sobre todas las cosas y desesperadamente malvado —dice Jeremías, 17, 9— ¿Quién puede conocerlo?").

Unas veces insólitos, otras ordinarios, los hechos que va acumulando la comedia, oscilan entre las situaciones grotescas y las más ridículas o zafadas. Una poderosa malicia sensual baña como una ola los 5 actos breves de "La Mandrágora", y su "espíritu bocaccesco" se hace notar repetidamente por la forma en que están exaltadas las ardientes victorias de la carne o bien por la simpatía con que se manifiestan en el escenario los truhanescos personajes del doctor Nicia y el fraile Timoteo, dos fáciles y estupendos apuntes de la convención dramática, novelesca, y explotados frecuentemente por los gruesos saineteros criollos.

El desarrollo escénico es siempre vivaz, libre, cautivador. Los matices levemente escandalosos y obscenos, surgen y desaparecen transfigurados por el dinamismo y el arte soberano del escritor, que sabe marcar el violento contraste, con las otras vueltas de tuerca del argumento, y hace aparecer el todo como resultado de la aérea magia del sueño de una noche de verano... en una Florencia extravagante y desvergonzada.

El fondo de tristeza y seriedad que

subyace en medio del esplendor cómico, político y moralista de este fuego de artificio, de esta estilización interesada de convenciones es, más que nada, lo que ubica a "La mandrágora" en la esfera poderosa del arte, lo que le confiere su mejor caudal de poesía y fantasía.

La versión que consigue plasmar el Teatro de la Ciudad de Montevideo de ese texto, es de una sorprendente y finísima plasticidad, de un brío escénico que puede ser comparado sin menoscabo con los inolvidables trabajos que sobre la comedia del arte realizó el Teatro Universitario "Ca" Foscari en 1962. Es una versión de observación minuciosa y ceñida, en una forma al mismo tiempo espléndida y sobria.

Este debe ser seguramente el espectáculo teatral de óptica más deslumbrante en toda la temporada. Culmina así el TCM un año de brillo excepcional en su repertorio de 1963.

Una puesta en escena impecable, tanto por la forma como por el ritmo y una interpretación de pareja jerarquía (el mismo Larreta es la figura más destacada dentro de un grupo en el que sobresalen nitidamente, más que nada por la gravitación cómica de sus personajes, Claudio Solari y Juan Carlos Carrasco), permiten al TCM dar todo su merecimiento a esta obra representativa del teatro italiano del 1500.

Como director, Antonio Larreta demuestra su total asimilación al espíritu de la pieza y recrea una época mágica (de atormentado amor por las luces y sombras que desplegaron en sus obras de arte los exuberantes pintores del Renacimiento italiano) con refinamientos de telas (deben haber costado un dineral) líneas arquitectónicas y colores, que son prueba irrefutable de la madurez estética que ha galvanizado para sí el teatro uruguayo en los últimos años.

Para esto, la dirección contó con colaboradores extraordinarios en los artistas que tuvieron a su cargo el diseño y realización de escenografía, trajes, y sabia administración de las luces.

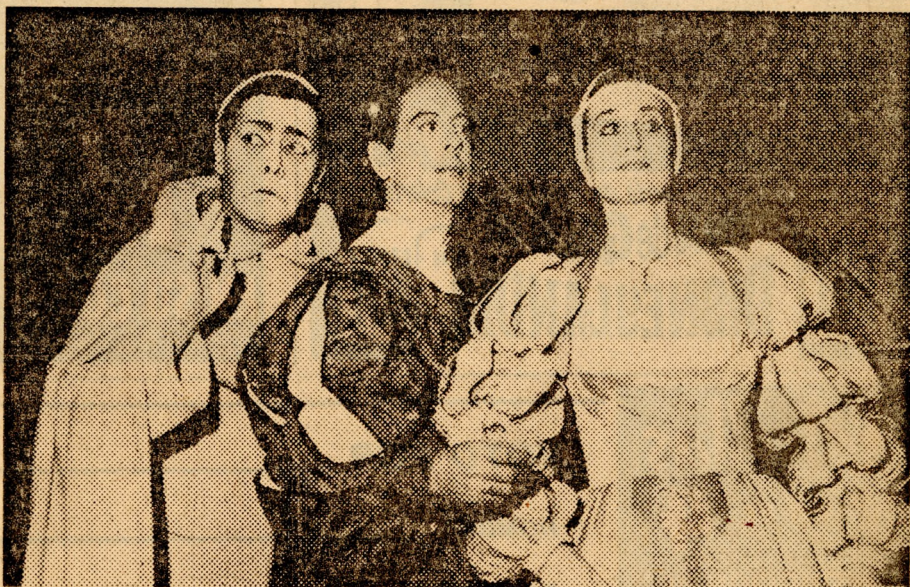
Como reales taumaturgos, todos ellos han sabido inventar esta Florencia que vemos hoy resplandecer en el escenario del Odeón, bajo antiguos resplandores color "tierra de Siena", malva y oro, de acuerdo a la paleta que más amó el Correggio, y que el milagro del teatro parece hacer reverberar ahora en la laxitud del gran calor del mediodía renacentista.



CARRASCO
(Messer Nicia Calfucci)



LARRETA
(Ligurio)



SOLARI, MIERES, AVILA, (Fray Timoteo, Callimaco, Lucrezia)